

Mr. Darkness, esta estrella bordada es para ti.





# Capítulo 1

Ningún hijo de conde que se precie está preparado para que su futura prometida lo abandone por un mozo de cuadra. Mucho menos Hartley Beltford, hijo menor del conde de Glamourgan, que se quiere a sí mismo incluso más de lo que las madres con hijas solteras lo quieren a él.

A sus veintiún años, el señorito Hartley goza de buena fama tanto entre las debutantes como entre las que ya no lo son. En la alta sociedad lo conocen por ser el hermano guapo, el más elegante, mejor deportista, de carácter risueño y muy muy rico. Claro que él piensa que su éxito se debe a sus valores morales y buen hacer, aunque estas facetas queden a menudo ocultas bajo el cuello de una corbata almidonada.

Prueba de ello es que Hartley no ha sentido, en ningún momento, la necesidad de batirse en duelo con el impopular joven después de que huyera con la damisela en cuestión. En primer lugar, porque todavía desconoce el paradero de dicho delincuente; en segundo, porque Hartley cree, por encima de todo, en el amor verdadero y en la magia que une a dos almas después de un primer baile. Está convencido de que los dos amantes debieron de bailar a sus espaldas hasta destrozarse algo más que los pies.

Sea como fuere, después de lo ocurrido, Hartley está ahogado en el desconsuelo. No tanto por la magnitud del escándalo, ya que la buena reputación que lo acompaña se escucha a diario en cada cotilleo a la hora del té. Donde su familia encuentra la catástrofe, otros ven la oportunidad. A pesar de que no heredará ningún título nobiliario, él sigue siendo, junto a su hermano Frederick, el soltero más cotizado del momento y lo será también durante la temporada siguiente.

Esa es, y no otra, la razón de su completa y absoluta miseria: la temporada siguiente. Porque, para su gran desgracia, la de ese año ha terminado y no habrá ninguna temporada que viene para él.

Tiene la certeza de que no vivirá lo suficiente para contarla. Lo sabe desde que lo dejaron plantado antes de llegar al altar; el momento decisivo en una profecía formulada hace tiempo. Un secreto que se ha guardado para sí mismo y que jamás ha revelado a nadie: el ama de llaves de los condes, que tiene más de bruja que cualquier otra mujer pelirroja que haya conocido, le lanzó una horripilante maldición cuando era niño... o un mal de ojo, o unas palabras difíciles de ignorar para un pequeño narcisista de tan solo ocho años:

Vas a convertirte en un hombre muy apuesto.

Bien, esto no suena demasiado a maldición, que digamos. De hecho, Hartley recuerda que no le pareció ninguna novedad; tanto su madre como el espejo se lo repetían a diario. Sin embargo, lo siguiente que pronunció lo ha perseguido en los sueños, las pesadillas y la realidad que lo acechan cada mañana al despertarse:

Aunque, si no logras casarte durante tu primera temporada social, no lo harás nunca. Vendrán los lobos, Hartley. Irás directo a sus fauces. Entonces, tu vida les pertenecerá y también tu corazón.

«Los lobos».

¿Puede haber algo más terrorífico que morir devorado por una jauría de lobos hambrientos? A Hartley se le ocurren varias opciones, claro que ninguna le interesa tanto como esa.

Es cierto que ha pensado en que la profecía no sea literal. La bruja, o ama de llaves... o realmente ambas, ha vaticinado a lo largo de los años futuros poco alentadores y de libre interpretación a varios de los empleados de los condes. Como aquel mozo al que aseguró que moriría al caer de una silla y, después de tener siempre mucho cuidado al sentarse y levantarse de la mesa, un caballo lo lanzó al suelo el día de Navidad. Toda una tragedia.

La pelirroja nunca se ha equivocado. Si los lobos de la profecía no son animales propiamente dichos, tal vez hagan referencia a una orden de monjes desconocida y un tanto siniestra. Ve probable que sus padres tomen esa decisión respecto a su futuro después de las tremendas calabazas recibidas. Al fin y al cabo, él es hijo segundo; no un heredero, y ¿qué otra manera de que entregue su vida y su corazón sería más probable?

Aún con todo, teme que un lobo atravesase en cualquier momento la ventana de su habitación y lo arrastre hasta las entrañas del bosque. Algo bastante complicado, pues el dormitorio del joven está situado en la tercera planta de la mansión de los Glamourgan y, hasta donde se sabe, estas bestias todavía no han aprendido a volar.

Es ahí donde Hartley se encuentra en esos momentos: una amplia estancia en la que el lujo y la opulencia resultan más que evidentes. Suelos cubiertos por alfombras persas, gruesas cortinas de seda color coral y un sinfín de cojines bordados sobre la cama revuelta. En el centro, junto al tocador, un gran espejo enmarcado en plata refleja la luz de la mañana que entra sin piedad a través de los ventanales.

No está dormido porque lleva en pie desde antes de que despuntara el alba, tampoco se ha rendido a la soledad. Está bien acompañado por la paciencia infinita de su fiel *valet*; quien no

se ha quejado ni una sola vez a pesar de que llevan varias horas decidiendo el atuendo del día.

Vestirse es una ardua tarea para un galán de su índole. Debe asegurarse de que sigue, si no es que encabeza, las últimas tendencias en moda masculina. Toda pieza tiene que ser perfecta y encajar en absoluta armonía con el conjunto. De no ser así, corre el riesgo de convertirse en el hazmerreír de la sociedad. Tan pronto como ponga un pie en la ciudad, todos lo observarán meticulosos y sacarán las conclusiones pertinentes de acuerdo a lo que lleve puesto.

Estar a la última es algo que conlleva esfuerzo y, evidentemente, también tiempo, lo que resulta en aceptable invertir dos horas en acicalarse. El hecho de que esa mañana se estén convirtiendo en cuatro se debe a un evento especial: Hartley ha convocado la atención de su familia para un anuncio importante durante el desayuno.

De lo que no es consciente es de las miradas de soslayo que el joven sirviente le dedica cuando descarta la decimosexta corbata. Al contrario que Hartley, él sí se ha percatado de que la hora del desayuno ha quedado más que extinta.

—Definitivamente es un no. He de causar una impresión festiva, alegre y genuina, o pensarán que la decisión se debe a un arrebato poco estudiado.

—Tal vez mi señor podría considerar una más sencilla —le sugiere el sirviente, quien no deja de observar la creciente pila de los intentos fallidos—. ¿Qué me dice de una lisa, de las que utiliza para la noche? El blanco realzará el color de sus pómulos.

—Sería una gran opción si no fueran las diez de la mañana, mi estimado Georgie. Mamá presta bastante atención a los detalles. Aunque debo admitir que acompañaría muy bien mi anuncio.

Georgie, el sirviente, se apresura a tomar la corbata que recientemente ha planchado: de un blanco inmaculado y de un lino exageradamente fino. La dobla y se asegura de que el almidona-

do le atribuye una rigidez estructural digna de utilizarse como cimiento a las palabras que Hartley repite en silencio. Por desgracia, el joven *valet* ha tenido que soportar las prácticas frente al espejo hasta bien entrada la noche.

—Esta le concede un aire más serio, más seguro de sí mismo —lo adula mientras se la ata al cuello con un lazo perfecto—. Y, de querer otra diferente para esta noche, me encargaré de que esté preparada. ¿Desea que le sujete el lazo con un alfiler para que no le moleste? Me refiero a la hora del té.

La mirada de Georgie está cargada de urgencia; la dirige de inmediato al reloj de bolsillo que espera sobre la bandeja de terciopelo: el accesorio final.

Hartley, por su parte, no dice nada. Lo cual podría traducirse en un visto bueno o en, aproximadamente, diez minutos durante los que se limitaría a contemplar su reflejo en el espejo. Sin embargo, esta vez, una sonrisa le amanece poco a poco en las comisuras, satisfecho con el resultado.

—Ah, Georgie, si pudiera casarme conmigo mismo lo haría sin dudar. Vamos con ese alfiler. Estoy seguro de que hoy haré felices a muchas damas.

El pobre sirviente aprovecha el momento de girarse en busca de la dichosa aguja para poner los ojos en blanco. Cuando regresa a colocarla, tiene que resistir la tentación de hundirla más de la cuenta y regalar a su señor un merecido pinchazo. La sensatez le dice que, de hacerlo, perdería el empleo. Por no hablar de que la fobia que padece el hijo del conde a los accidentes y la sangre transformarían la escena en un auténtico circo. Así que desliza la delicada aguja de oro a través del lino almidonado con cuidado de no rozarle la piel. Se asegura de atusar los extremos de la corbata para que no cubran la diminuta piedra de luna que corona la joya y, una vez dispone cada accesorio en su lugar, retrocede un par de pasos y lo contempla.

—¡Magnífico! —Hartley da varias medias vueltas frente al espejo, embelesado consigo mismo—. Gran trabajo, Georgie. Confío en que luego me asistas en la elección de un chaleco. Creo que esta noche sí saldré.

Por toda respuesta, el sirviente realiza una reverencia y se apresura a abrir la puerta del dormitorio. Tiene por delante largas horas de planchar y doblar corbatas. Espera terminar antes de la cena, cuando deba llevar a cabo el insufrible ritual de vestirlo de nuevo.



Hartley atraviesa los pasillos de la mansión con una sonrisa casi tan ancha como su ego, directo al salón donde ha citado a su familia. Lleva días escondiéndose en el dormitorio, declarándose enfermo y sin ánimos de ver a nadie. Pero ha decidido cambiar su suerte y enfrentarse a los temidos lobos; un último grito desesperado antes de desaparecer del marco social, entre dentelladas o hábitos religiosos.

La pelirroja vaticinó que la jauría le daría muerte si no se casaba durante su primera temporada, pero ¿quién diantres decide cuándo acaba una temporada? Él no lo tiene muy claro. De lo que sí está seguro es de que debe de tratarse de alguien importante y, desde luego, esa descripción también se ajusta a su persona.

Todavía quedan algunos meses para que termine el año; para que los nuevos debutantes sean presentados oficialmente en sociedad. Aún tiene tiempo. Es posible que el final de verano pille desprevenidas a muchas familias instaladas fuera de la ciudad, pero eso supone un mal menor del que se preocupará más adelante. ¡Lo que necesita es un matrimonio!

Sus zapatos marcan con un sonido rítmico los pasos sobre los escalones. Le extraña no cruzarse con ningún criado en los tres pisos de su descenso, y le resulta imperdonable que ninguno se



encuentre allí para abrir las hojas de madera pintada que separan la entrada del comedor.

Hartley respira hondo con el fin de alimentar su confianza, coloca las manos en los pomos de las puertas y las abre de par en par.

Imagina que su llegada se percibe como una brisa marina, fresca y vigorizante; tiene la intención de repasar los rostros de los allí citados a la espera de ver en ellos la infinita gratitud que les brinda su presencia. Sin embargo, la estancia lo recibe con un silencioso vacío. No hay nadie. Ni su familia, ni las doncellas que hace rato que han recogido los restos del desayuno.

El joven tarda unos segundos en atar cabos. Cuando lo hace es gracias a que, de manera instintiva, recupera el reloj de bolsillo de la cinturilla del pantalón y comprueba que la hora que marcan las manecillas queda muy lejana a la que él creía.

Traga saliva apurado porque las cosas no están saliendo como él planeaba. Teme que los condes todavía lo crean indispuerto y hayan salido a pasear, sin dar ningún tipo de importancia a cuanto tiene que decir.

Ya ha comenzado a sudar, mascando la tragedia, cuando escucha un murmullo en la sala contigua y reconoce la voz de su madre.

No pierde más el tiempo. Gira sobre los talones y pone rumbo a la salita de estar. Seguro de que los ha defraudado y están esperándolo para recriminarle con palabras hirientes la falta de puntualidad. Entonces, justo antes de que pueda sobreponerse al pequeño susto y elaborar una entrada triunfal, escucha, sin querer, un retazo de la conversación al otro lado:

—Ya que su hermano se opuso a ello, podríamos enviar a Hartley a servir al país. —Es la voz de su padre, inconfundible a pesar de que llega amortiguada—. Conociéndolo, no creo que se oponga a lucir un uniforme militar y, con un poco de suerte, la disciplina le inculcará algo de sesera.

—¿A la milicia? —Esta vez es el tono de su madre el que escucha—. ¡Nuestro pequeño es muy delicado para eso! Se lo comerán vivo.

—Al clero, entonces. No veo otra opción.

—¡Otra jauría de canes rabiosos!

Hartley palidece. El discurso que tantas veces se ha repetido en su mente tras el saludo inicial de buenos días se le queda atascado en la lazada de la corbata. Las líneas que creía saberse de memoria le ejercen una terrible presión en la garganta, amontonándose unas sobre otras hasta formar un amasijo ininteligible. Por más que lo intenta, no consigue ordenarlas ni encontrarles sentido.

Cuando cruza las puertas de la sala de estar lo hace en un estado de pánico absoluto. Su presencia, alejada por completo de la fresca brisa marina que él había previsto, se descubre como un tornado dispuesto a arrancar los tejados de la ciudad, tal y como sucedió el verano anterior. Incluso así, las cinco palabras que le salen de la boca, atropelladas, suenan altas y claras. Un resumen magistral de la extravagante idea que lleva días rondándole por la cabeza:

—¡Me gustaría celebrar un baile!



## Capítulo 2

La sala de estar se congela al instante, como si la entrada de Hartley hubiera traído consigo una nueva era glacial. Sus padres, petrificados en el sitio, adoptan la rigidez de las estatuas de mármol que adornan el jardín. El único movimiento perceptible aparece en el rostro lívido de Agness, condesa de Glamourgan, en un rapidísimo tembleque de barbilla que indica que está cerca de sufrir un síncope por haber hablado de él a sus espaldas.

—¿Un... baile? —repite a duras penas.

—Si se encuentra con ánimos de bailar, sería capaz de servir al país perfectamente. —El conde abandona el periódico que leía sobre la mesita auxiliar—. Claro que también podría haber acudido a desayunar y no lo ha hecho.

Agness dirige a su esposo una mirada fulminante, se levanta del sillón y acude al encuentro de su hijo.

—Hartley, mi querido niño. ¡Qué alegría verte de nuevo en pie y tan guapo! —Extiende las manos hacia él en un abrazo estudiado; aprovecha para comprobar la temperatura de la cara y la frente con disimulo—. Estamos a mitad de agosto, la temporada de bailes ha terminado. El médico nos avisó de que podrías sentirte desorientado después de guardar reposo. Es normal.

—Estoy bien, mamá. Sé en qué mes estamos.

Su padre también se pone en pie y estudia a Hartley con el ceño fruncido.

—¿Y bien? No espero una disculpa después de habernos dejado en ascuas durante el desayuno, pero sí que pongas fin a la incógnita de esa noticia tuya de una vez por todas. ¿Qué insensatez se te ha pasado en esta ocasión por la cabeza, Hartley? Dime, por lo que más quieras, que no has decidido convertirte en un pirata y navegar hasta los riscos de Irlanda en busca de una leyenda imaginaria.

—¡Edmund!

La exclamación de Agness no sonsaca a su marido más que un gesto que pretende restar importancia a lo que acaba de decir.

—De él me espero cualquier cosa, ya has visto a Georgie subir los arcones con la colección entera de corbatas. ¡Cuéntanos qué tramas!

Hartley parpadea aturdido. La escena que protagoniza no se asemeja en nada a la que había ensayado. Parece que todo el mundo, incluido él mismo, se ha olvidado de interpretar su papel. No está seguro de qué le ofende más: si el hecho de que lo hayan ignorado cuando ha expresado su deseo al entrar o que el conde lo crea tan descerebrado como para ocurrírsele que quiera ser un vil pirata. ¡Ni por todos los tesoros imaginarios del mundo!

—El baile, papá —repite aturullado—. Quiero organizar uno aquí, en esta casa, e invitar a las jóvenes damas que todavía no han tenido la buena fortuna de casarse. Será como un baile de temporada, pero fuera de temporada. El más importante, el último, el mejor.

Los ojos claros de Edmund Beltford, tan similares a los de su hijo, quedan ocultos durante un segundo por un lento parpadeo que hace evidente su incredulidad.

—Quieres organizar un baile —gruñe—. Esa es la gran noticia que querías darnos: un baile.

—Exacto. Un gran baile. Uno inolvidable, digno de la corte; como un sueño con el que despedir el verano.

—¡Agness! —El conde pierde los papeles y el gruñido se convierte en un ladrido que le hace dar un respingo a su mujer—. ¡No puedo con este chiquillo, de verdad que no! —Se da media vuelta y se coloca tras el sillón que ocupaba hace unos instantes, como si pudiera usarlo a modo de escudo—. ¡Acabará matándome de una úlcera!

La condesa ignora los gritos de su marido y cruza las manos bajo el pecho, adoptando una postura diplomática.

—Hartley, cielo, sabes que adoro los bailes casi tanto como tú. Entiendo que tras el rechazo de la señorita... —El nombre se le atraganta antes de llegar a pronunciarlo. Si lo hace herirá de muerte el corazón roto de su adorado hijo, así que rectifica las palabras—: Que, tras lo ocurrido, quieras intentarlo una vez más. ¡Y me parece maravilloso que estés dispuesto a encontrar el amor de nuevo! Pero ¿cómo vamos a organizar un baile fuera de temporada? La mayoría de las familias han abandonado la ciudad y regresado a sus hogares; por no mencionar las que están instaladas en sus residencias de verano cerca de la costa.

—¿Encontrar el amor de nuevo? —interrumpe el conde—. ¿Todo este asunto es por las calabazas que recibió en su compromiso? Si tan preocupado está por haberse quedado soltero, no veo cómo un baile va a solucionar el problema.

—Una cosa lleva a la otra —responde el joven muy resuelto—. Mi deseo es contraer matrimonio antes de Navidad.

Agness da una silenciosa palmadita, presa de la emoción.

—¡Ay, Hartley! ¡Me alegra tanto escucharte hablar así! Estoy segura de que podemos encontrar a la joven adecuada sin necesidad de causar demasiado revuelo. —El conde alza una ceja que

demuestra su escepticismo. A ninguno de sus dos hijos los define la discreción, que digamos. De hecho, son famosos por causar altercados allá a donde van; especialmente el que tiene delante—. Se me ocurren varias candidatas que estarán más que encantadas de recibir tu visita. Necesitaremos flores.

—No, mamá. ¡El baile! —Hartley interviene con desazón—. ¿Qué hay del amor verdadero a primera vista entre dos completos desconocidos? ¿De ese instante inexplicable que marca el futuro de una pareja destinada a encontrarse? ¿De la magia de un romance eterno? ¿De las miradas furtivas en un salón festivo? ¿De los primeros pasos que luego culminan en el altar? No soportaré un enlace por conveniencia. Antes, la muerte.

El señor Beltford deja escapar el aire en un sonoro bufido.

—¿La muerte? ¡La que me vas a causar a mí de tanta tontería! —Rodea el sillón que ha usado como escudo y se sienta—. Ya me temía que saldrías con alguna de las tuyas. —Se dirige entonces a la condesa—: Esto es lo que ocurre cuando dejas que el ama de llaves haga las funciones de institutriz, Agness. Se crían salvajes y luego no hay quien los guíe por el camino de la sensatez. Tienen la cabeza llena de pajaritos.

Ella, visiblemente conmovida por la pasión que transmite el menor de sus hijos, se acerca al conde con una actitud muy diferente.

—Edmund, querido. —Le apoya una mano en el pecho, cerca del corazón—. Hartley quiere celebrar un baile.

—Eso ya lo he oído. —Apunta al joven con un dedo acusador—. Escúchame bien, sabes que tanto tu madre como yo aprobamos los compromisos nacidos de la afinidad, ¡pero nadie se enamora perdidamente a primera vista!

—Eso no es del todo cierto.

Los rostros de los condes se vuelven de inmediato al lugar donde Hartley espera con el alma en un puño; aunque sus mi-

radas lo atraviesan y se desvían al umbral de la puerta, lugar de donde proviene la nueva voz.

El dueño de tan sosegada oposición no es otro que Frederick Beltford, el hermano mayor de Hartley y también futuro heredero del condado.

Ha llegado en el momento oportuno, como es habitual en él. Espera de pie, en la entrada del saloncito, con un libro bajo el brazo y una postura exageradamente recta. Al igual que Hartley, su traje es impecable y entallado con exquisitez a su figura.

—¿También vas a ponerte de su lado, Frederick? —le recrimina su padre, aunque utiliza un tono mucho más suave que el que acostumbra a dedicarle a su hijo pequeño.

—No, papá, solo digo, y lamento muchísimo tener que discrepar contigo en opinión, que sí es posible enamorarse a primera vista.

—Gracias, Frederick. —Hartley realiza una sencilla reverencia de bienvenida a su hermano mayor, un gesto que también reconoce su complicidad—. Papá piensa que un romance así es exclusivo de las obras de ficción y que soy un loco por defenderlo. Nada más lejos de la realidad: sucede a diario en los bailes a los que asistimos. ¡Cuéntaselo!

El joven entra y se coloca a la par de Hartley. Ambos hermanos comparten la misma estatura y buena forma física. Lo único que los diferencia es la gracia que Agness pareció guardarse para su hijo menor, por mucho que Frederick se haya esforzado en cultivar la buena apariencia. Los ojos tristes y ojerosos, y los pómulos pálidos del primogénito de los Beltford le otorgan un aspecto fantasmal, en directa disonancia con la armonía de las facciones del segundo. Para empeorar las cosas, los esfuerzos por compensar el desvío del canon de belleza han convertido el discurso habitual de Frederick en una insufrible cadena de rectitudes y cortesías.

—Que se representen en obras de ficción no determina que sean ficción por sí mismos —argumenta con seguridad. Entonces, aprieta el libro contra el pecho y la mirada se le colma de anhelo—. Yo mismo acabé enamorado en un brevísimo instante durante esta temporada pasada, y ni siquiera tuve la oportunidad de bailar con la joven que se llevó tanto mi alma como mi corazón.

La conmoción se apodera de los allí presentes, incapaces de asimilar lo que Frederick ha revelado tan casualmente como quien habla del tiempo o el estado en el que se encuentran los caminos.

El heredero de los condes, aquel que ha esquivado con éxito cualquier intención matrimonial durante dos temporadas seguidas, acaba de confesar un interés genuino por un ser humano. No solo eso, ¡por una joven real! Una dama de carne y hueso que ha coincidido con él en alguna parte del bullicio social.

Hartley contempla a su hermano mayor sin poder cerrar del todo la boca.

—¿Te enamoraste durante la temporada y no me lo dijiste?

La expresión que se dibuja en la cara de la condesa es bastante similar.

—¿Te enamoraste durante la temporada y no te comprometiste?

—¿Ni siquiera bailaste con ella? —Hartley se indigna por momentos—. Frederick, ¿por qué cometiste semejante atrocidad? Incluso si no os presentaron, deberías habérselo propuesto.

—No se tratará de una mujer casada ¿verdad? —se preocupa Edmund.

El aluvión de preguntas no turba en absoluto a Frederick, quien continúa sumido en la ensoñación del recuerdo que guarda de la misteriosa joven.

—En absoluto, papá. De hecho, no me extrañaría que este hubiera sido su año de debutante. Un alma grácil y piadosa que



apacigua las olas del mar ajetreado con una sonrisa... —El suspiro que se le escapa de los labios en ese momento no es tanto de anhelo, sino de derrota—. Me parte el corazón pensar que las circunstancias me han impedido agasajar sus virtudes, hasta el punto de que me he sentido enfermo desde entonces e incapaz de prestarle atención a ninguna otra.

—En ese caso, ¿por qué no bailaste con ella? —insiste Hartley.

—Es complicado, hermano. Digamos que no tuve la pertinencia de hacerlo. No obstante, de celebrarse un nuevo baile aquí, en nuestro hogar, seguro que hallaría el valor de acercarme y, si contara con su aprobación, hacerle el amor hasta que aceptara el compromiso.

Esta última afirmación no provoca ningún tipo de sorpresa ni escándalo entre los presentes. Al fin y al cabo, la familia es consciente de que Frederick es un romántico empedernido, y por *hacerle el amor* se refiere a ‘cortejarla de la forma más inocua y cortés posible’. A lo mucho, de reunir el coraje suficiente para dirigirle la palabra y eso ya sería hablar de un evento sin precedentes.

—Edmund, querido —Agness se dirige nuevamente a su esposo, esta vez con la misma urgencia en la mirada que la de Hartley al entrar en la sala de estar—, debemos organizar el baile de inmediato, antes de que esa joven encantadora se comprometa con cualquier cabeza hueca.

El conde de Glamourgan observa en silencio a su familia durante largos segundos, como si de verdad valorase la ridícula posibilidad de que exista alguien más cabeza hueca que sus dos hijos juntos. Al final, se apoya con ambas manos sobre el brazo del sillón para ponerse en pie.

—¡Oh, por todos los cielos! No sé ni por qué se me considera a mí el dueño de esta casa si mi opinión vale lo mismo que la de una fregona. ¡Muy bien! ¡Celebraremos ese dichoso baile! Eso sí, más os vale comprometeros antes de que acabe la fiesta o al día

siguiente seré yo quien acuda a la ciudad a buscaros una esposa y un oficio a cada uno. ¡Y no habrá excusa que sirva!

Una gran exclamación de júbilo se escucha al unísono; llega acompañada de abrazos y besos a Edmund, quien se esfuerza por mantener el tipo sin demasiado éxito.

Hartley no cabe en su gozo. Ha conseguido lo que se proponía, aunque no está seguro de si ha sido gracias al elocuente discurso del que no ha recitado ni la mitad o al hecho de que sus padres necesitan ver a Frederick casado a cualquier coste. El motivo le da igual. Lo que le interesa es que va a tener su baile; su segunda oportunidad. La última, si desea seguir con vida. Y, esta vez, no permitirá que la elegida huya de su lado.

—Hablaré con el ama de llaves de inmediato —dice la condesa—. Debemos escribir las invitaciones. ¡Y conseguir piñas para los centros de mesa!

—¡Piñas frescas y enteras! —puntualiza Hartley.

—Por supuesto que enteras. ¿Por quién me has tomado? Y vosotros dos —se dirige a sus hijos—, no os quedéis aquí como pasmarotes. Tenéis muchas señoritas a las que visitar. En especial a la misteriosa joven que calma mareas con una sonrisa.

Un ligero rubor amanece en las mejillas de Frederick que, obediente, se despide junto a Hartley de los condes; ambos dispuestos a iniciar una improvisada ruta de encuentros casuales por la ciudad.

Ya en el jardín, el mayor se detiene un instante en el que mantiene la vista fija en el camino que conecta la propiedad con el centro de la capital: una tan estudiada como satisfactoria. De no ser porque Hartley sabe a ciencia cierta que la idea del baile es genuinamente suya, habría jurado que ha surgido de la complejamente de su hermano mayor.

—¿Qué planeas ponerte? —le pregunta Frederick de repente, con el mismo talante casual que acostumbra a utilizar para hablar

de todo lo importante—. Dudo que vayas a recibir a las invitadas con el mismo atuendo con el que bailaste la pasada temporada.

Hartley abre mucho los ojos espantado.

No ha pensado en ello. No lo ha hecho en absoluto y, sin embargo, es un tema crucial que debería haber tenido muy en cuenta.

Al momento, repasa la infinidad de ropa que compone su armario: una colorida procesión de corbatas, chalecos, calzas, zapatos, guantes y sombreros, le golpea sin piedad. Entre las decenas de cientos de estampados no logra seleccionar ni uno, ni siquiera el de leopardo.

—No tengo nada que me sirva —admite con un hilo de voz.

Esta vez Frederick sí lo mira con los ojos tristes cargados de intención y una camaradería fraternal que levantaría escalofríos en cualquiera.

—No temas, hermano mío. Conozco el lugar idóneo donde te confeccionarán el traje más maravilloso que has visto jamás.